

¿El Centro?: Sí, gracias

Luis Germán Sierra J.

Tengo muchos años, no digamos cuántos, que no tiene importancia; lo que sí la tiene, al menos para mí, es que muchos de esos años los he vivido en el centro de la ciudad, o mejor será decir que los he vivido queriendo el centro de la ciudad, queriendo lo que he vivido en ese centro. Inconscientemente, aprendí que esa parte de la ciudad era fundamental en mi vida, que era fundamental en la vida de todo el mundo, por lo menos del mundo que yo más conocía y en el cual me gustaba moverme — hoy sé claramente que una ciudad sin centro es una especie de contrasentido, de cosa ridícula, como un cuerpo sin cabeza y sin alma —.

16

Los cines a los que iba con los amigos varios días en la semana; los cafés en los que nos sentábamos a echar carreta mientras bebíamos un café o unas cervezas o, solitarios, a leer; los auditorios en los que conocíamos gente y escritores y actores y pintores; las salas de exposiciones en las que fuimos explorando el arte hasta pensar ingenuamente que ya entendíamos mucho; las librerías en las que fuimos haciendo nuestros pinos de bibliófilos y a las que entrábamos a gastarnos, sobre todo, el tiempo más moroso del mundo, y hasta comprábamos uno que otro libro; los restaurantes a los que íbamos a almorzar (o a desayunar después de pasar la noche por allí cerca, en algún hotel de media petaca, pero limpio, en alguna compañía) con los amigos y, después, hasta con los hijos, que allí, en ese centro, también se fueron criando, bajo ese paisaje de multitudes y de cosas para ver y oír y tocar y comer y leer y aprender y comprar.

Pero del centro se fue todo el mundo y al centro llegó todo el mundo. Poco a poco se fue-

ron cerrando los cines y las librerías y los cafés y las salas de exposiciones y los restaurantes —aunque quedan en pie algunos emblemáticos y resistentes—. Se fueron cerrando hasta las aceras para caminar. A las nueve de la noche el centro de Medellín es un buque fantasmagórico y más sucio que nunca. Tal vez esta ciudad nunca ha sido lo que los gobernantes nos han querido convencer que es: una tacita de plata. Lo que ellos han hecho, sobre todo, ha sido taponar los graves problemas que subyacen y que laten con cifras escalofriantes en muchos sentidos. Y también esos gobernantes se fueron del centro. “Ahí les dejamos”, parecieron decir. Y al centro llegó el griterío y el hacinamiento y la más absoluta informalidad y el delito multiplicado por mil y el parche (el de mugre es muy grande) y las carnicerías y las aceras atiborradas y los serenateros y...

Duele oír que nadie quiere ir al centro (aunque vive lleno, hacinado, sonámbulo), que los encuentros se citan para los centros comerciales —encerrados, vigilados, súper iluminados— y que los hijos hoy, sin excepción, se crían allí.

Pero está claro que una ciudad sin centro, como es hoy Medellín, es un contrasentido, una cosa ridícula, como un cuerpo sin cabeza, sin alma.

Luis Germán Sierra Jaramillo es coordinador cultural de la Biblioteca Carlos Gaviria de la Universidad de Antioquia e integrante del comité editorial de la *Agenda Cultural Alma Máter*. Publicó recientemente el libro de poemas *Coda de silencio*.